

curidad de sus designios habian resuelto aprovechar el momento en que arrancaban del palacio los últimos vástagos de la familia real, bien seguros de la impresion que debia hacer en los ánimos de los españoles el rapto de un príncipe niño pasado desde su augusta cuna á manos de guerreros feroces erizados de armas. Hasta en esto sin embargo se equivocaron, porque el corto número de gente que por casualidad ó por acaso se encontraba en la plazuela de palacio al tiempo de partir el infante don Francisco de Paula, acertó á sofocar todavía sus sentimientos; pero una miserable anciana, que aun se ignora si desahogó su propio dolor, ó sirvió á los designios de los franceses, dió el primer grito de alarma, y los soldados de la gran nacion hicieron fuego impunemente sobre una corta porcion de paisanos inermes, descuidados, y que solo habian ido á cerciorarse por sus ojos de lo que no podian creer apenas viéndolo. Decid ahora con imparcialidad, lectores de mas allá de los montes, y de los mares, quiénes fueron los promotores de una accion tan vergonzosa en su origen, como gloriosa en su éxito y en sus resultados, apartando para ello la vista de aquellos fementidos papeles en que se os dijo que los coraceros pasaron con el sable en boca el rio Manzanares casi siempre seco, y que

el convento de San Gil y la casa de Correos eran dos fortalezas en que quedaron sepultados millares de cadáveres españoles: de todos vuestros países habia entonces soldados en el ejército frances, y si los que han sobrevivido han vuelto á profesar amor á la verdad, y estan satisfechos de la gloria que adquirieron cuando empuñaron las armas para desagrar sus propios hogares, ellos os diran, como testigos de vista, que nuestro rio se pasaba á la sazón casi á pie enjuto, que el convento de San Gil era un miserable edificio que por inutil y mezquino derribaron ellos mismos en los dias de su aciaga dominacion por mejorar el aspecto público, y que la casa de Correos no era mas que un hermoso edificio destinado á ser centro de la correspondencia general del reino, en que de antiguo tiempo se hallaba colocada diariamente una guardia central de prevencion, compuesta de pocos hombres mandada por un oficial subalterno. Esta es la pura verdad, y lo es tambien por fortuna que ni en estas pretendidas fortalezas, que el mismo don Quijote no hubiera tenido por tales, ni en otro parage alguno de Madrid sucumbieron millares de víctimas al valor de los invencibles. No, lectores, no consistió la gloria de aquel dia en el raudal de sangre que vertieron los españoles, sino en la resistencia no-



ble y fructuosa que opusieron con sus solos pechos á un ejército formidable, cuyo gefe habia llevado hasta entonces atada la victoria á las ruedas de su carro, y en la impresion increíble que hizo en él y en todos sus soldados la reaccion popular de unos hombres desarmados á quienes Napoleon habia intimidado mucho tiempo antes, que la muerte de un solo frances costaria muchas vidas. Si el pueblo de Madrid hubiera tenido en su seno á la sazón alguno de aquellos gefes que dirigieron las acciones de Bailen, Arapiles y Vitoria, San Marcial y Tolosa, seguro es que no hubiera aguardado á que le provocasen los enemigos para arrojarlos de sus hogares, en que entraron bajo el velo de la amistad, y que al momento mancillaron con inaudita impudencia; pero estaba desarmado, solo, sin gobierno, y no podia hacer mas de lo que hizo, esto es, hacer frente al riesgo, y preferir una muerte bizarra á una esclavitud vergonzosa, y á una dominacion tan ilegítima como forzada: quedemos acordes todos en esta verdad, y no se inunden las generaciones futuras de imposturas enormes que degraden la magestad de la historia.

La indignacion y la sorpresa que necesariamente debió causar en los que la sufrieron, aquella primera descarga, tan nula en

su efecto como vil en su impulso, los obligaron á correr desatentados, llevando en pos de sí á cuantos encontraban con solo referirlos el principio de la explosion, y solo con ver esto creyeron los enemigos que el primer trueno de sus bronces, dirigido en aquel ensayo mas bien á infundir terror que á causar estrago, habia producido el efecto que suponian infalible, por experimentado en otras capitales, de legitimar y conseguir su ambiciosa empresa, llenando de consternacion y espanto á los habitantes de Madrid, y con ellos á los de todo el reino. ¡Qué falaces son los cálculos de los soberbios embriagados con los vapores de su propio orgullo! Los franceses se reían de la que llamaban fuga vergonzosa, y perdonaban, mas acaso por vergüenza que por compasion, las vidas de los transeuntes fugitivos, y estos corrian en alas de su justa indignacion á tomar las armas, sin hacer caso ni de la clase, ni del número, ni de la opinion, ni de la destreza de sus enemigos, ni de otra cosa en fin que de la atrocidad del insulto.

Facil es concebir que los injustos agresores estarian bien preparados; y así fue con efecto que en un momento inundaron sus huestes las plazas y las calles de la capital, fijando los cañones en los parages mas oportunos,

y disparando con preferencia contra los que, ignorantes todavía de lo que pasaba, se asomaban incautamente á los balcones; pero los que nó presenciaron la acción, ni leyeron hasta ahora mas descripciones que las pintorescas que de ella hicieron sus promotores, no podrían formar una idea exacta y cabal de su modo de hacer la guerra, y del recelo que les infundia el pueblo, si no supieran que su primer cuidado fue el de arrancar al infante don Antonio, que tenian entre sus manos, una orden para que ningun soldado de los pocos que habia en Madrid saliese de sus cuarteles, como sucedió, porque corrieron ellos á tomar las armas, y se les intimó el mandato respetable que no podian desobedecer, como dirigido á la pacificacion y tranquilidad del pueblo que debia ser el objeto exclusivo de un Príncipe; á quien se habia hecho creer que el movimiento nacia de un accidente casual que no debia tener consecuencias; no sabíamos hasta este dia que otro capitán alguno hubiese tenido la prevención de evitar el encuentro con los uniformes contrarios para pelear á su salvo con gentes inexpertas y desarmadas.

Pero no hay prevención que baste contra pechos generosos que saben apreciar la libertad, el honor y la opinion sobre todos los

bienes de la vida; los madrileños tomaron sus pocas armas, y se arrojaron á sus calles, en donde los unos solos, y los otros en pelotones desconcertados hicieron prodigios de valor hasta el extremo de aterrar á los invencibles, precisándoles á valerse de su misma fuerza para arrancar de su centro á los respetables magistrados que, renovando el ejemplo de los romanos, esperaban tranquilos la muerte, á fin de que en union con ellos intimasen la pacificacion, esperando así del respeto lo que ya no podian prometerse de la fuerza. Veíanse en unos parages jóvenes resueltos que atravesaban con sus puñales á cuantos enemigos se les ponian delante hasta encontrar ellos mismos con la muerte que buscaban; hombres en otros, que en cortísimo número reunidos hicieron retroceder con su denuedo masas grandes de caballería para buscar otras avenidas por donde circundarlos; en otros, hombres que á sangre fria entorpecian las comunicaciones de los enemigos, dando muerte á los edecanes que las conducian; en otros, mugeres despechadas que introdujeron el desorden y la confusion en un escuadron entero de coraceros, lanzándose en medio de ellos, matando y muriendo al fin destrozadas y cubiertas de heridas; en otros, hombres impávidos que saltando con increíble

seguridad y ligereza sobre los caballos de los mamelucos derribaban muerto al jinete, y se hacian dueños del caballo y de las armas; en otros, niños heroicos descalzos de pie y pierna, que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones escuadronados; en otros, mugeres de la ínfima clase que olvidadas noblemente del pudor natural manifestaban á cortísima distancia del cañon con actitudes ridículas el ningun caso que hacian de los broncees enemigos, excitando al mismo tiempo la risa de los transeuntes con quienes se abrazaban, celebrando sin repararlo unos y otros su recíproco valor y heroicidad; en otros, infelices albañiles que desde la altura de las obras, en que les sobrecogió el movimiento, lanzaban sobre sus enemigos á golpe funesto cuantos materiales tenian á la mano á riesgo de una muerte segura por falta de arbitrios para salir de su recinto; en otros, hombres y mugeres que suspendiendo por un momento su furor marcial retiraban los frescos cadáveres de sus hermanos bañándolos con las lágrimas del verdadero heroismo; en otros, criados que en el atrio mismo de la casa de sus amos abrieron el vientre al gefe que se alojaba en ella puesto ya á caballo y rodeado de sus edecanes, recibiendo acto continuo la muerte que al descargar el golpe vieron ya infalible;

en otros, niños de clases mas distinguidas que arrojaban los tiestos desde los balcones sobre los escuadrones que pasaban por debajo de ellos; y en otros en fin.... las proezas inimitables de Daoiz y Velarde, que en la primavera de su edad merecieron muriendo el grado superior de la milicia nacional, la memoria eterna de todos los españoles, la envidia inextinguible de sus enemigos, la admiracion de todas las naciones, la misericordia del Dios de los ejércitos, y el primer puesto en el templo de la inmortalidad. ¿Adónde estais valientes de mi alma (como dijo en la expansion de su corazon un orador sublime que por su sensibilidad nos arrebató ya tambien la muerte), que ni los ecos de mi voz os hieren, ni os revocan á la vida los suspiros de tantos millares de españoles como quisieran estrecharos entre sus brazos, y oir de vuestros labios los prodigios que hicisteis en el Parque de Artillería contra los enemigos de la patria de los Megaras, de los Viriatos, de los Vivares, de los Pelayos, y de tantos otros cuyos ejemplos inspiraron en vuestros pechos el aliento que arrancaron de ellos por mil heridas alevosas los mal llamados guerreros en el dia 2 de mayo? Todos sabemos que hicisteis en él heroicidades sin término, que ayudados de un corto número de soldados, y de un puñado de va-

lientes hombres y mugeres, causásteis mil estragos en las huestes enemigas, que atropellados ya del número no cedisteis ni á las intimaciones ni á la fuerza, mientras que vuestros brazos pudieron manejar el sable que deberian hoy ceñir por premio los defensores ilustres que han visto consumir la venganza de la patria; pero aquellas grandes y generosas expresiones últimas que pronunciaron vuestros labios sin volver el rostro hácia los enemigos que os atravesaban por la espalda, y que no pudieron menos de ser los últimos esfuerzos del valor, de la religion y del patriotismo, se perdieron dolorosamente para nosotros, y no hay esperanza de que nos las quieran repetir los enemigos que las oyeron tan de cerca. Calientes estaban todavía, almas generosas, vuestros cadáveres cuando yo empecé á fomentar la idea del grandioso monumento en que debian reposar vuestras cenizas y las de los demas héroes que os imitaron en todos los ángulos de la capital para eterna lección y consuelo de nuestras generaciones futuras; yo queria que se perpetuasen en él los debidos sufragios por el reposo de tantas almas ilustres; que se eternizase en él la memoria de los que ya miraba entonces como primeros mártires heroicos y fundadores de la libertad y de la independencía de la Es-

paña y de la Europa entera, y que pudiesen nuestros hijos pasearse continuamente por él con los suyos párvulos diciéndoles sin cesar: "aquí viven á despecho del tiempo y de la
 „muerte los que murieron por la patria, y
 „aquí vivireis del mismo modo si morís por
 „ella." Mil combinaciones imprevistas, hijas legítimas del tiempo en que las pasiones se desenfrenan, no permitieron que se realizase hasta ahora un pensamiento tan justo como lisonjero, y que ya un tiempo habia aprobado el Congreso nacional; pero hoy que éste renace haciendo un solo individuo del rey conquistado y de la nacion que le conquistó, vuelvo á mirar las urnas en que estan depositados tantos preciosos restos, y me parece que por las bóvedas del augustó templo que las custodia, oigo los ecos de una voz celestial que repite sin cesar: "ya estan cumplidos
 „los altos designios del Ser Supremo, y si
 „pudo convenir por algun tiempo que estas
 „preciosas cenizas (que una nacion gloriosa ex-
 „humó y condujo en triunfo con doloroso
 „aparato marcial) yaciesen casi olvidadas y cu-
 „biertas de polvo, ya conviene que ocupen el
 „alto lugar que las ha destinado en el mundo
 „la justicia eterna á impulsos del amor de sus
 „conciudadanos los españoles." Veamos, ójala, realizado cuanto antes el vaticinio, y dejemos



después correr impunemente las plumas destructoras de las glorias que adquirimos en este gran día.

Mientras morían en él heroicamente muchos de los defensores de la patria, otros, que con igual intrepidez salieron á buscar la muerte, se olvidaron repentinamente de la venganza, y se hicieron modelos de religion, piedad y beneficencia conservando la vida á una multitud de enemigos que el terror y el remordimiento arrojaban exánimes en sus brazos vengadores.... ¿Estaban desmoralizadas todas las naciones de Europa en el año de 1808?... Dirán los hombres austeros que si no lo estaba del todo nuestra España, se debía á la vigilancia con que se impedía en ella la circulacion de escritos perniciosos que corrompieron las costumbres de las demas naciones, y no repararán al decirlo que los turcos y los moros son en el mundo conocido los mas feroces y los que menos leen. No hagamos á la Providencia la imperdonable ofensa de desconocer sus mayores beneficios: dió á la nacion española un caracter religioso, noble grande y benéfico, que no desmentirá jamas; y cualquiera que sea el grado de ilustracion que lleguen á conseguir sus individuos, nunca el español vencedor clavará el puñal en el pecho de un enemigo desarmado ó rendido á

sus pies. No eran la mayor parte de los atletas ó campeones del 2 de mayo hombres que hubiesen leído otro libro tal vez que el catecismo de su religion, ni que hubiesen oído otros discursos sublimes, que las sencillas máximas que se caen de la boca de un padre de familias como por distraccion de los trabajos en su obrador, y sin embargo cumplieron con una generalidad increíble el gran precepto de perdonar al enemigo, y de hacer bien á los que ciertamente les aborrecian. Cruzaban por las calles de Madrid en aquellas terribles horas infinitos franceses, soldados y empleados del ejército, con armas ó sin ellas, que á cada paso que daban creían encontrar la muerte en la justa indignacion de hombres y mugeres provocados á morir matando, y que debian ver en cada uno de aquellos miserables un enemigo irreconciliable de la patria, á quien acababan de hacer el sacrificio de sus vidas; pero al tropezar con ellos se revestian sus almas generosas de los sentimientos de piedad y religion que no en balde les habian inspirado sus padres en la edad infantil: miraban la impotencia de su enemigo, se avergonzaban de conseguir una victoria facil, se complacian en figurarse que aquel atribulado infeliz no tenia parte en la iniquidad; y llegando hasta el extremo de creer en el fondo de su co-

razon que un perdon generoso le convertiria de enemigo en admirador, le consolaban, le animaban, y contentos con desarmarle, le conducian en brazos, si era menester, á un parage seguro para evitarle encuentros con otras cuadrillas que estaban mas abajo repitiendo el mismo grande ejemplo.

Centenares de hombres hubo á quienes cupo esta suerte, y aun alguno refirió públicamente despues vertiendo lágrimas de gratitud y de admiracion, que habiendo tropezado con una cuadrilla en que una muger exaltada hasta lo sumo se opuso á la generosidad de los demas que la componian, la vió levantar el puñal, y descargar el golpe sobre el brazo de uno de sus compañeros atravesado á posta para impedir la direccion y el estrago, cuya grandeza de alma en lugar de la expresion del dolor, le obligó á decir á la ofendida Amazona, que su sangre debia calmar su ardor, é inclinarla á la piedad que con efecto se apoderó de ella. Murat mismo, el inflexible Murat, que ya habia visto al pueblo de Madrid interceder por la vida de dos soldados suyos cuando los conducian al patibulo, ocupó sus edecanes en recorrer la capital dando gracias á los que mas se habian distinguido en salvar vidas de franceses dispersos, haciéndoles ademas algunos presentes que rehusaron

aceptar por no degradar ante su propio co-
 razon la grandeza de sus acciones. Si esto se
 escribiera cincuenta años despues de sucedido,
 se creeria con dificultad; pero estan vivos toda-
 vía millares de individuos que lo presenciaron;
 lo estarán muchos de los que viven por la cle-
 mencia que el pueblo de Madrid ejercitó en
 aquel dia con ellos, y algunos lo estarán tal-
 vez de los que asombrados de un heroismo
 tan inaudito, como para ellos nuevo, despues
 de publicar la clemencia de sus vencedores,
 pidieron su retiro á sus gefes protestándoles
 que sus brazos eran yá del todo inútiles para
 manejar las armas contra los españoles. Son
 pues innegables como de toda autenticidad es-
 tos hechos inmortales que caracterizan al dia
 2 de mayo por uno de aquellos destinados al
 lucimiento en grande de las virtudes de un
 pueblo numeroso, y al consiguiente abati-
 miento de la iniquidad, de la soberbia y de la
 perfidia, y lo habrán de ser tambien por irre-
 vocable decreto de la Providencia las conse-
 cuencias felices que anunciaron estos glorio-
 sos antecedentes, y han venido á resultar en
 nuestros presentes dias.

Vosotros, los que llorais todavía la pérdi-
 da del padre, del esposo, del hijo, del her-
 mano ó del amigo, que perecieron en combate
 tan desigual, y los que teneis todavía en el